

blanco



► Curiosidad constante ► Rosa hojea una revista en una sala del Hospital Benito Menni.

cas más, todas jóvenes, todas de Sant Boi. Camina entre las unidades del hospital, siguiendo el camino hasta atravesar la raya azul.

Llega al edificio que alberga las unidades J e I y llama al ascensor. En la segunda planta, el silencio al abrirse las puertas es más ensordecedor que en la primera. Mariu pica al timbre y espera, mira las fichas con los nombres de las pacientes que tiene que recoger.

Una auxiliar abre la puerta y la saluda. Tras ella, un sol generoso inunda el pasillo e Isabel aparece caminando, curva la espalda, andando casi con las manos. Mira hacia abajo, su visión se reduce a las baldosas grises del suelo que pisa. Reniega y se queja de que sus compañeras no dejan de pelearse y gritar.

—«¡Qué pesadas! ¡No paran de gritar! ¡Están todas locas!».

—«Venga Isabel, que nos vamos de paseo», dice Mariu.

Entrando por el pasillo, a mano izquierda, una treintena de enfermas habitan una gran sala. Mariu entra y algunas la saludan, otras vienen a preguntarle cualquier cosa, la tocan, reclaman su atención. La mayoría acuden a ella saliendo de todos

los rincones, la rodean, como las abejas que van a la miel. Y las demás simplemente están, con la mirada perdida, esperando a que el tiempo vaya pasando.

Salir a merendar una vez cada dos semanas se ha convertido en uno de los momentos más emocionantes para las internas de la I, las más dependientes.

Las chicas de sor Ana

Mariu empuja la silla de Isabel. Por el camino, monitorea y enferma hablan del tiempo, acaba de llegar la primavera. Hablan de lo que tomarán en el bar, de los anillos de plástico que adornan los dedos de Isabel o de alguna chica que hoy no ha venido. No hay mucho más que contar. «Los viernes las llevamos a merendar, ellas son las más dependientes. Y los sábados llevamos a la piscina a un grupo de hombres del hospital de al lado».

Mariu fue una de las precursoras de la asociación, que se encarga de que los pacientes que apenas tienen posibilidades de salir, lo hagan de vez en cuando. «Me encanta estar con ellos. Y ellos me dan mucho

más a mí de lo que yo les doy. Yo no les doy nada».

Sor Ana es una mujer joven, energética, religiosa, amante de su trabajo y de «mis chicas», como ella las llama. «Ellos tienen sueños, tienen aspiraciones, tienen deseos... Como cualquier otra persona. Lo único que nos diferencia de los enfermos mentales es que necesitan ayuda para llevarlos a cabo, nada más».

Lleva 18 años trabajando con enfermos mentales, los siete últimos en la unidad J, donde se encuentran mujeres en las que se suman deficiencias y problemas mentales varios: esquizofrenias, bipolaridad... Afirma sin pensárselo dos veces que lo mejor de su trabajo son ellas. «Es que no puedo decir otra cosa. Para mí ellas son la personificación de Jesús, es el único sitio donde lo encuentro cada día. Lo encontré hace 18 años en ellas y aquí estoy».

Muestra el patio interior, grande, cuadrado, rodeado de arcos y poblado de sillas de plástico. «Esta es la parte más antigua del hospital. Tendríamos que arreglarla pero valdría más la pena tirarla abajo y volver a levantarla». Una mujer camina descalza con las zapatillas en la ma-

no. «Mírala, a ella le encanta ir siempre descalza». Corriendo aparece Rosa. La abraza, la besa, besa a la visitante, la pincha con su bigote. «¡Oye!, ¿tú como te llamas?», pregunta cogiendo del brazo. Sor Ana sonríe. «Esta Rosa es un terremoto! Con 60 años y mírala, no para».

Sor Ana tiene el pelo liso y oscuro, lo lleva suelto. Vestida con una bata blanca, camina por los pasillos inundados de luz, se cruza con las pacientes. Muestra la oficina de la asistente social, una sala con los abrigos colgados... Dos enfermas la siguen a cada paso. «Míralas, qué cotillas. Es que tienen que estar en todo». En una sala cercana, una veintena de enfermas pasan las horas, alguna duerme sobre la mesa apoyada en un cojín, otra canta, otra viene hacia ella, otras se pelean.

«Tengo 44 años y en mi vida me he aburrido», confiesa Sor Ana mientras saluda a sus chicas. Antes de sumergirse en la vida del psiquiátrico, trabajaba en una guardería. «No voy a decir que sean como niñas, porque no lo son, pero tienen la misma ilusión por las pequeñas cosas».

La vida de Sor Ana es una historia llena de dedicación, de trabajo, de amor. Vive en una casita dentro del

«Se sorprenden de ver que esto no es como en las películas», dice sor Ana

centro psiquiátrico con otras 10 monjas y se pasa el día con las enfermas. De vez en cuando recibe visitas de escuelas. «Vienen unos 20 colegios al año a conocer el psiquiátrico y se sorprenden de ver que no es como en las películas. Queremos quitar las dos o tres ideas preconcebidas que la gente tiene».

Despide a la visitante con una sonrisa amable, abrazada a una paciente. Al fondo, Rosa mira una revista. La puerta se cierra, un mundo único y complejo se queda dentro. 154 mentes siguen su día a día. Sor Ana las acompaña y las guía.

Historia de una búsqueda

«Me gustaría una vida donde se me conociera por lo que soy y se me amara por lo que soy. Me gustaría un mundo donde pudiéramos sentir más a los otros».

Tiene unos ojos azules enormes, redondos, atentos, unos ojos que han visto cosas increíbles y que le han llevado, en dos ocasiones, a estar ingresada en un hospital psiquiátrico. La suya es la historia de una búsqueda y empezó el día en que decidió tomar un cuarto de *trips* (un tipo de droga que contiene LSD) de manos del chico del que estaba enamorada. Tenía 20 años cuando sucedió. María José ya era propensa a padecer esquizofrenia por antecedentes familiares, pero la droga le dio el empujón definitivo. Se marchó de casa y estuvo deambulando

Pasa a la página siguiente

UN ESPACIO SINGULAR UNA PEQUEÑA CIUDAD DENTRO DE SANT BOI

A pesar de que al principio era un centro sólo para mujeres, el hospital Benito Menni es ahora un lugar que no entiende de sexos, edades o profesiones, y sí de pérdidas y de búsquedas. Es un gran espacio habitado por jóvenes y ancianos, enfermos de corta y larga estancia, mujeres y hombres que fuman, pasean, leen, descansan, piensan. Es un mundo en pequeño, un gran espacio con bares, peluquerías, médicos de todas las especialidades, una pista de básquet, una iglesia.

El pasado mes de febrero este hospital recibió el certificado ISO de calidad, convirtiéndose en el único centro psiquiátrico de Catalunya con este reconocimiento.